cita peligrosa, temiendo despertar bajo sus plantas la cólera de un esposo afrentado.

El hombre aquel se detuvo, sacó la cabeza por la puerta y vió la calle—despues salió.

Iba Genaro á levantarse, pero el hombre volvió á entrar, estendió el brazo lanzando un objeto entre los rosales, y luego salió cerrando con cuidado la puerta.

Genaro escuchó con desconsuelo el ruido de la llave, y despues los pasos que se estinguieron.

XIII.

Sonaron las cuatro de la mañana.

El lector tendrá la bondad de acompañarnos al otro estremo de la casa, á un cuarto donde habita el anciano Gregorio, portero del artista. Buen madrugador, como buen campesino que habia sido en otros tiempos, nunca esperaba en su *petate* la última campanada de las cuatro.

Alabo á Dios! habia dicho, y tomando de un rincon su escoba y un cántaro ya con agua, subió al corredorcillo, primer punto designado por Rosaura, que tanto le gustaba hallarlo regado y limpio á la hora que salia de su pieza, ya peinada á la primer sonrisa de la aurora, y entre el perfume de sus macetas y la algazara de sus pájaros.

—Erre!. . . qué es esto? esclamó al ver de par en par la puerta del dormitorio del artista. Y despues, notando que no se escuchaba el ruido de las respiraciones, añadió, yendo á emparejar las vidrieras:

—Bah! parece que están muertos.

Fué indescriptible su sorpresa cuando al asomarse por aquella puerta vió á su amo en el suelo, sobre un lago de sangre, con el

rostro terriblemente espresivo, alumbrado por la escasa claridad de la mañana.

El suyo tomó tambien los tintes del sepulcro, sintió que el pavimento se hundia bajo sus piés, y próximo á desfallecer dejó escapar por su garganta, entre el esfuerzo del terror y la debilidad de la agonía, un grito doliente, sofocado, parecido al grito de socorro!

Volvió á mirar aquel cadáver, y su espanto se tornó en lástima, su lástima en indignacion, y su indignacion en sed, en avidez de una justicia tremenda. Entonces recobrando sus fuerzas, bajó corriendo la escalera, atravesó el patio, sacó de su cuarto una llave, y despues de tantear la chapa del zaguan con sus manos temblorosas, abrió la puerta y salió á la calle alborotando con sus gritos al vecindario.

—Ea! compadre, le gritó un vecino apareciendo medio desnudo en la entrada de una triste accesoria, estás loco?

—Oh! no. . . . ven!. . . . vengan todos. . . . han matado á mi amo. . . .

—Qué!. . . . quién?. . . .

—No sé, pero está muerto. . . . está anegado en sangre! que llamen á la polecia, por Dios!

Muchos vecinos y algunos individuos que transitaban por la calle, rodean á Gregorio y lo martirizan con preguntas que él no acierta á satisfacer.

En esto llega el compadre, y se lanza con todos los curiosos por donde el dedo del anciano señala el lugar de la catástrofe. Al llegar, un grito de compasion se escapa de todas las gargantas. No es un solo cadáver, son dos: es tambien la hermosa señorita, la virtuosa vecina, Rosaura que yace en su lecho revuelto y ensangrentado, con la garganta amoratada, la lengua negra entre los dientes, y una mano afianzada en las cortinas de una cuna.

—Aquí hay un niño! esclaman otros.

Un nuevo grito de los espectadores retumba en los ámbitos de

la pieza, y todos rodean á una mujer que saca de la cuna al hijo del artista, pegado por un coagulo rojo en sus almohadas.

—Le late, le late todavía! esclamó la mujer colocando su mano en el corazon de la criatura. —Agua! traigan agua!

Dos ó tres mujeres y un muchacho se arrojan al instante sobre el cántaro que habia dejado Gregorio, y llevan el auxilio, mientras un nuevo grupo de vecinos invade el corredor gritando:

—El criminal! el asesino! vengan! aquí está! por la huerta!

El tropel se lanza por la escalera, confundiendo el redoble de sus pisadas con gritos de cólera que presagiaban el esterminio.

XIV

En efecto, un hombre, un jóven que pudiera tomarse por un difunto si no fuera por el temblor de su cuerpo, sus miradas llenas de agitacion y el fresco pelo ondulante con la brisa de la madrugada, se habia levantado del follage al ver desembocar la multitud que lo ensordecia con sus maldiciones.

Era el pobre estudiante que despues de luchar algunas horas con la cerradura de la puerta, se habia decidido á pasar allí la noche, con el ánimo de esperar al jardinero y comprar su indulgencia con la relacion de su fatal aventura.

—Por Dios! dijo atolondrado con la sorpresa, me habré metido en la casa de los locos?. . . . qué quereis, señores?. . . .

Pero los gritos de *muera!* sofocan su voz, y cien manos coléricas se clavan en sus vestidos y lo arrastran hasta la encrucijada.

—Quién sois? infame! le dice un hombre que tenia en el muslo una placa de cuero y un martillo en la mano.

—Ah! ahí está el perro! lo ha matado! gritaban otros. .

—Quién eres? gritan todos.

—Señores!. . . . yo soy un. . . . soy Vilches. . . . tartamudeó el estudiante.

—No eres mal vicho tú, asesino, replicó el otro; vas á ver lo que te pasa. . . . á ver! continuó dirigiéndose á los asistentes, no hay quien traiga una faja?

—Sí! sí! respondieron varias voces.

—Pero, señores, por quién me han tomado ustedes, señores. . . . yo no soy asesino de nadie. . . . yo. . . .

—Aquí está el puñal! gritó un muchacho que venia corriendo á incorporarse en el grupo, y levantaba el brazo enseñando un cuchillo que todos miraron con asombro.

—Ah!. . . . dijo el vecino, oh! y está teñido en sangre. . . . . pero no viene este maldito con la ronda? A ver la faja.

Se la dieron, y tomó á Genaro por un brazo para sujetarlo.

Entónces, la guitarra que Genaro habia metido debajo de su capa, cuando se acercaron los vecinos, cayó al suelo remedando un gemido.

La turba respondió con silvidos; y aquel vecino que por su facha parecia un zapatero, blandió el martillo y dijo:

—Ah! roto, conque tú eres músico de la muerte? ya veremos como cantas en el *tablado*.

—Por Dios! señores, replicó el estudiante pugnando contra el zapatero que lo tomaba por los codos, por Dios que os habeis equivocado . . . . os diré lo que he visto! . . . yo he visto al criminal . . .

—Eh! silencio, esclamó el zapatero dándole con la rodilla un golpe brusco, si no te estás quieto te . . demonio! fuercesitas? . . . por vida del diablo! . . .

Estas últimas palabras fueron porque el preso dió una vuelta desprendiéndose violentamente de los brazos que lo tenian sujeto y dando en tierra con el zapatero.

Desgraciado! aquello fué una señal que rompió el dique, y la multitud aumentada ya por nuevos curiosos que sin cesar llega-

ban, se arremolinó en torno de Genaro, y lo tragó en un torbellino de brazos y de imprecaciones.

En este momento llega Gregorio, seguido por una docena de auxiliares, el desórden se calma á los primeros culatazos, los vecinos abren paso al comandante, y este descubre por la tierra á Genaro, con los vestidos desgarrados y la cabeza y el rostro lleno de sangre.

—Este és? dice al verlo.

—Sí! sí!

—Señor! replicó el estudiante, con los ojos llenos de lágrimas, mirad la injuticia de estos señores . . . estoy cierto que se han equivocado . . . yo . . . de qué me acusan? . . .

—Bueno, guarde las justificaciones para otra parte,—vámos.

—Fuera! gritaron todos.

Genaro fué colocado entre dos filas de auxiliares, y salió entre los silvidos y los apóstrofes obcenos de aquellas gentes indignadas.

Al salir de la primera calle, se oyó un grito. Volviéronse todas las miradas á una puerta, y se vió que una jóven se desplomaba sin sentido.

Era Petrita.

XV.

Retrocedamos unas cuantas horas.

Dejamos al capitan Peñazas oculto y esperando que las sombras dieran paso al osado amante que conspiraba contra su interés y sus compromisos.

No pasaron diez minutos sin que se realizaran sus previsiones.

Al ver aparecer el bulto, sintió que la estrategia lo acariciaba con sus alas de fuego, y lo envolvia en un ósculo de triunfo, sonoroso como el estampido del cañon, y perfumado como la pólvora. Oprimió su garrote y adelantó una pierna.

El bulto se acercaba, ya estaba á dos pasos de distancia, ya lo tenia enfrente, lijero, trémulo y hermoso como el venado.

Entónces recogiendo aquella voz estentórea que domina el tumulto de las batallas, gritó como á la cabeza de su columna.

—Adentro! y descargó el golpe sobre don Epitacio Aranda. Este mas bien por la sorpresa que por el dolor lanzó un grito.

—Indecente! díjole Peñaza, cree usted burlarse de la justicia? de la justicia de un . . .

—Perdon! esclamó Aranda cayendo de rodillas.

—Cómo es eso? pícaro! ahora son los perdones?

Aranda, con la voz desfigurada por el terror, ó como suele decirse, ahogada por la sangre, tartamudeó:

—Déjeme usted . . . no lo niego . . . pero . . . le daré á usted como guarde silencio . . .

—Eh! pillo! . . . calle la boca si no quiere que lo desgobierne á garrotazos . . . perdon! y de cuando acá le viene? . . .

—Es usted . . . Peñaza?

—Marche usted, cobarde; y se lo juro, el dia que vuelva yo á escuchar su jaranita por estos contornos: el dia que siquiera lo vea yo á usted por este sitio, lo estrangulo. Marche usted, y no olvide que la palabra del capitan Peñaza es duradera como el bronce, fatal como las profecías, severa como . . . en fin, lárguese usted, y no me haga decir mas tonteras . . . lo dicho dicho.

XVI.

Aranda conoció á pesar de su situacion, que todo habia sido un simple equívoco, y tembló al considerar lo próximo que estuvo á venderse. Apretó el paso, y llegó á su casa.

No tocó la puerta, sino qué, por esa perturbacion que sigue al criminal y por ese miedo que es la prevision de un castigo, temió que el eco de los aldabazos despertase á la justicia, y solo gritó por el agujero de la llave con voz contenida.

—José! . . . José! . . . ábreme!

Afortunadamente el portero no se habia dormido, pues no hacia dos instantes que cerrara, despues de despedir á una de tantas perdidas que lo visitaban en ausencia de su amo. Tomó la llave y abrió á don Epitacio.

—Hay luz en mi cuarto? dijo este.

—Sí, señor.

—Bueno.

Y se dirijió apresuradamente á su habitacion, encerrándose en ella y arrojándose vestido en su lecho. Cuáles fueron sus pensamientos? quisiéramos saber. Qué diálogo sombrío tuvo allí en la soledad con su crímen, con su conciencia? tuvo acaso remordimientos, ó fueron sofocados por el júbilo infernal de una venganza satisfecha? Dios, que castiga al delincuente con los fantasmas de su propia imaginacion, no presentó acaso á los ojos de Aranda el grupo sangriento de sus víctimas, retorciéndose en las convulsiones de la agonía? Acaso el delirio del crímen es seguido como el de la fiebre, por el estupor, ó hay hombres en quienes imperan los sentidos hasta el grado de sobreponerse á las emociones del alma?

Sea lo que fuere, falta de conciencia, ó conciencia de la impunidad, Aranda se quedó dormido.

La luz del dia pareció disipar los escasos temores de aquel hombre, que tomó su sombrero y se dirijió á la calle.

—Cómo, señor, va usted así? le dijo el criado.

—Cómo? . . .

—Lleva su mercé roto el pantalon.

—Adónde? . . . . por dónde? . . . .

—Aquí . . . . falta completamente el pedazo.

—Ah! . . . . es cierto. . . . . ayer en la banca de la iglesia. . . . . voy á mudármelo. . . .

Aranda pocas horas antes, cuando entró en la huerta de Rosaura, fué atacado por el perro. Se sintió afianzado por detrás y sacudido con tal fuerza, que hubiera caido si el pedazo de pantalon no quedara en los colmillos del animal. Cuando este se avalanzó de nuevo sobre Aranda, cayó atravesado por el corazon, apretando en su hocico el pedazo de trapo con la postrera convulsion de la cólera.

Aranda se mudó pantalon; ademas, se lavó la cara, humedeció y asentó sus cabellos, y dando á su semblante un aire de indiferencia casi sospechoso, marchó á la calle para recojer algunas observaciones importantes.

Caminaba por la calle que se conoce hoy por la de Cordobanes, casi desierta en esas horas, cuando oyó le gritaban:

—Aranda!

Volvió el rostro naturalmente, y no vió á nadie. Sintió que un soplo helado pasaba por todo su cuerpo, y apretó el paso.

La voz volvió á oirse.

—Aranda! espérame.

Tuvo valor aún para mirar hácia atras,—no habia nadie,—allá muy léjos una mujer pobre regaba su puerta con un cántaro.—Ni el ruido del agua se escuchaba,—ante todo la voz era de hombre.

—Bah! se dijo, vengo preocupado. Pero la voz sonando por tercera vez, se encargó de desmentirlo.

—Aranda! repitió, pero no con el mismo tono que babia empleado unos momentos antes, sino con el tiple, burlesco, aflautado, diabólico que recuerda una noche de carnestolendas.

Aranda creyó que Satanás lo seguia regocijado, ó que un génio vengador arrojaba su nombre al viento para que lo recogiera la justicia indignada.

Se detuvo apoyándose en la pared con una mano, y con la otra enjugando el sudor frio que corria por su frente.

Dejóse oir entonces una carrera, y poco despues sintió que lo abrazaban por la espalda.

No se atrevió ni á dar un grito, y escondió su cabeza en el embozo de la capa.

XVII.

Volvamos á Genaro.

Inmediatamente se entabló el juicio.

Aquel hecho que horrorizaba á la sociedad, y cometido en un tiempo tan infecundo en novedades, llamó sobre sí la atencion, y concentró la actividad de los jueces, que sentenciaron en su corazon desde antes de escuchar al acusado.

Nunca se habia presentado tan inflexible la opinion pública.

Todos esperaban una sentencia de muerte, y la opinion cuando espera, manda, y cuando manda constriñe, y no resisten ni los tiranos, y mucho menos los representantes de la opinion misma.

Oyose á diez y seis testigos que declararon haber visto al acusado escondido en la huerta y con el puñal en la mano.

—Señor, dijo el jóven ofuscado ya, por donde entré? la puerta del jardin estaba cerrada con llave; cómo yo mismo habia de cerrarla cuando era el camino de la salvacion?

—Por eso mismo, replicó el juez, no se cree que haya estado cerrada.

—Y no lo está? señor . . .

—No señor, el señor escribano y los testigos que la reconocieron, han visto corrido el pasador por fuera de la hembrilla.

—Eso no es cierto . . . perdone usted señor . . . como no pude yo abrir esa puerta? . , .

Esta respuesta demasiado natural, levantó un murmullo en el círculo de los testigos, y hasta el juez creyó que el acusado se vendia.

Genaro paseó por aquellos frios espectadores una mirada de amargura.

No faltaron algunos que se compadecieran y dudaran al ver aquel rostro juvenil, tan lleno de honradez, de belleza y de martirio.

El padre de Petrita declaró que habia dado un garrotazo al acusado aquella misma noche, y que observó en la conducta de aquel jóven un cambio tan notable, que bastaba para maliciar el crímen.—Que sabiendo por buenas lenguas que el estudiante era valiente y pendenciero, no le parecia natural aquella sumision, aquellas palabras de perdon, y aquella huida tan rápida.

Algo desconcertó á los jueces la declaracion de Peñaza, pero la negativa de Genaro, la reputacion de charlatan y mentiroso que tenia el testigo, y sobre todo, lo que ya no era dudoso para nadie, el hecho de haberse hallado al acusado escondido y con el puñal ensangrentado *en la mano*, volvia á colocar la cuestion en un punto de vista siempre fatal al estudiante. La verdad que este repetia siempre, sin discrepar en la mas mínima circunstancia, se tuvo por un cuento, y su tal cual reputacion de inteligencia no sirvió sino de hacer que sospechasen todos un plan bien combinado, y encubierto hábilmente bajo el pretesto de una cita amorosa.

Dejóse al reo la libertad de escoger un defensor, y este oficio sublime recayó en un jóven abogado recibido hacia poco, y de una gran reputacion por su carrera llena de exámenes brillantes. Era lo que en aquel tiempo se llamaba con cierto desprecio *un indio*. Tendria veinticuatro años. Se llamaba Ramiro Galvan Puebla. Conocémosle por un retrato que se halló entre las ruinas de una casa de Cuautla, despues del sitio de Calleja. Todos los descendientes de Ramiro quedaron sepultados con aquel retrato.

El busto del licenciado es la espresion mas elocuente de una

capacidad gigantesca. Su rostro, de color oscuro, pareceria feo á los ojos de un muchacho malcriado, y horrible á las miradas de una vieja voluptuosa; pero nada mas bello para un observador despreocupado, que aquellas pupilas relumbrantes como las chispas de esa hornaza de la inteligencia. Nada mas bello que aquella frente espaciosa, velada por una sombra de filosófico desengaño; que aquella nariz algo incorrecta, pero dejando libre con su ligera desviacion una mirada oblícua, profunda como el cálculo, severa como la justicia, y punzante como el epigrama; nada mas bello, en fin, que aquel labio dispuesto con una sonrisa indescifrable, que parece tan pronto á derramar palabras de benevolencia, como chistes irresistibles, como los grandiosos oráculos de la sabiduría. Al abarcar el conjunto de aquel rostro se adivina el saber de Tácito, la estóica imperturbabilidad de Quilon, la elocuencia de Demóstenes, el patriotismo de Caton y la sarcástica pobreza de Diógenes.

Nada resta de su defensa, que debe haber sido el modelo de la improvisacion forense. El padre de un personage que debemos conocer mas tarde, nos dice en un apunte que el Lic. Puebla pronunció su discurso *de memoria*. Equívoco no estraño en esos tiempos. Añade que fué muy aplaudido, y que añadiendo á su elocuencia una costumbre de los oradores romanos, llevó ante los jueces á la anciana madre de Genaro, bañada en lágrimas y tendiendo sus manos temblorosas para implorar el perdon de su hijo, amor de su alma y único apoyo de su indigencia.

XVIII.

Jamás se vió en los trámites una rapidez tan amenazante—á los quince dias la causa rodó por las gradas de la audiencia, envuelta en un crespon de la muerte.

Cuando el escribano leyó la sentencia el estudiante cayó al suelo.

El escribano palideció, y al salir esclamó, poniendo una mirada paternal en el semblante de Genaro:

—Pobre jóven! juraria yo que es inocente. . . . imbéciles!. . .

Genaro fué puesto en capilla.

XIX.

Era un domingo. Varios peones rodeados de curiosos cavaban enfrente á la casa del artista unos profundos hoyos donde debian colocarse las vigas de un cadalso; mas allá los carpinteros disponian á toda prisa este horrible docel de los ajusticiados.

El barrio estaba casi alborotado como en la proximidad de una fiesta. Veiase cruzar á los vecinos en todas direcciones, y asomados á todas las puertas y ventanas; y los ahullidos de los muchachos se confundian en los aires con los gritos de los vendedores, el golpe de los martillos, el ladrido de los perros y el sordo murmullo de la muchedumbre.

Aquel zapatero que hemos visto en la huerta como el representante del vecindario, se hallaba á la sazon conversando con un compañero. Este decia:

—Vaya compadre, será casualidá.

—No lo es compadre. Hace tiempo que estoy caluñando aquí en mi inteligencia, y yo sé lo que digo.

—Pero qué. . . usté cree que á ser el criminal, no estaria por lo menos á cien leguas de México?

—Pues por vida mia, compadre, que si yo no digo lo que veo me condeno. Mire usté el trapo y cotéjelo; si no es de allí quiero que me. . . .

—Sí, se parece.

—Es el mesmo. . . . ah! allí va el señor don Puebla. . . . y no he costeado los zapatos. . . . eh! señor! señor licenciado!. . .

—Quién es?

—El señor Puebla. . . yo se lo digo.

En aquel momento el defensor de Genaro llegaba al sitio del suplicio, para dar por sí mismo á los trabajadores la órden de suspender la obra. Fiado en que el tiempo arroja en sus espumas, con el cadáver de las víctimas, el nombre de los asesinos y la justificacion del inocente, logró aplazar por cuatro dias la ejecucion, prometiendo presentar una prueba irrefragable de inocencia, aunque allá en sus adentros desesperaba de encontrarla.

—Amigo no hay funcion, díjole al zapatero cuando lo tuvo cerca.

—No hay, señor?

—Por ahora todavía no.

—Se ha descubierto al delincuente?

—Al delincuente?. . . . pues usted mismo no dice. . .

—Ya no digo nada.

—Con razon.

—Con razon, sí señor. . . tengo que decirle á usté una cosa. —eh! compadre, añadió el maestro dirigiéndose á su primer interlocutor, ojo al Cristo, por vida de su señora madre.

Despues llevó al abogado á varios pasos de la puerta, y le dijo:

—Mire usté este trapo, señor.

—Bien.

—Mire usté aquel sujeto de la banda encarnada.

—Bueno, le falta en la nalga este pedazo de trapo.

—Bien, señor; pues este trapo sabe usté dónde lo cogí?

—De donde falta. . . .

—No señor. . . . estaba en el hocico del perro, del perro que estaba muerto en el jardin.

—Silencio! dijo el abogado palideciendo, ni una palabra, ni un signo siquiera. . . . siga usted á ese hombre disimuladamente, y

avíseme donde entra. . . cuidado!. . . á ver ese trapo; usted tendrá una buena recompensa. . . .

XX.

Hemos dejado á Aranda en una situacion que no creemos necesario recordar á nuestros lectores.

Aquellos brazos que le parecieron los del artista no eran sino de un andaluz jugueton que acostumbraba ciertas chanzas con sus compañeros.

Mucho trabajo le costó celebrar el chiste, y fué su sonrisa tan forzada, que el andaluz le dijo:

—Bah! te has picado?. . . .

Conversaron un rato, y Aranda se retiró á su casa llevando aún el temblor del susto y de la cólera. Entró de prisa, y sin saber lo que decia, dijo *sí* al portero que le pedia su *pantalon viejo*.

El pobre portero le pegó un remiendo de otro género, pues del mismo no pudiera encontrarlo sino en los cajones ó en la bolsa del señor Lic. Ramiro Galvan Puebla.

XXI

No engañemos la benévola atencion del lector. Aquel trapo fué el acusador de Aranda.

La misma noche de aquel fatal domingo en que Genaro debia ser ajusticiado, Aranda y su portero comparecian ante los tribunales, y el venturoso estudiante regaba con lágrimas de regocijo a frente de su madre y las manos de su defensor.

Tres dias despues el cadáver de Aranda pregonaba desde la horca la justicia de Dios y la vindicta pública.

Genaro adoptó como hijo suyo al hijo de Rosaura, que sobrevivió á las heridas.

La audiencia le entregó los pobres bienes del artista, Peñaza le dió satisfacciones, Petrita su cariño y Ramiro Puebla sus cátedras.

Es fama que aquella horrible calle, abandonada por casi todos los vecinos, fué el sitio de apariciones nocturnas. Se dice que los gemidos de Rosaura salian á las doce de la noche por las oscuras ventanas de su casa, y que Aranda recorria el solitario recinto de la huerta, perseguido por los ahullidos de un perro negro.

Nosotros sabemos que esa calle, donde una pobre jóven sufrió la doble muerte de la esposa y de la madre, pidiendo inútil perdon en la mirada suprema de la agonía, tomó el nombre que se conserva en nuestro tiempo.

Hoy la llaman: *calle de la Amargura.*

CAPITULO IV.

Un escrúpulo de conciencia.

I.

Era un alguacil.

Se llamaba Francisco Trinidad Lupe Churrigay y Bobadilla, nombre no estraño por aquellos tiempos en que el virey se llama don frey Antonio María Bucareli y Ursúa, y un confesor suyo don Fray Pelagio Trinidad Júdas Obregon Casamata y Rivadeneira. Son un verdadero suplicio estos nombres para el que, á falta de poesía en el pensamiento, quisiera ponerla en las palabras.

Pasemos adelante.

Francisco realizaba la figura de don Quijote. Si su rostro enjuto, su larga y afilada nariz, su mostacho entrecano y su gallarda flacura se adunaran con el arrojo del manchego, no hiciéramos mas que trasladar aquí, con el nombre de nuestro humilde personaje, las elegantes líneas donde Cide Hamete Benengeli retrata al mas gentil y esforzado caballero que hubo en los siglos.